

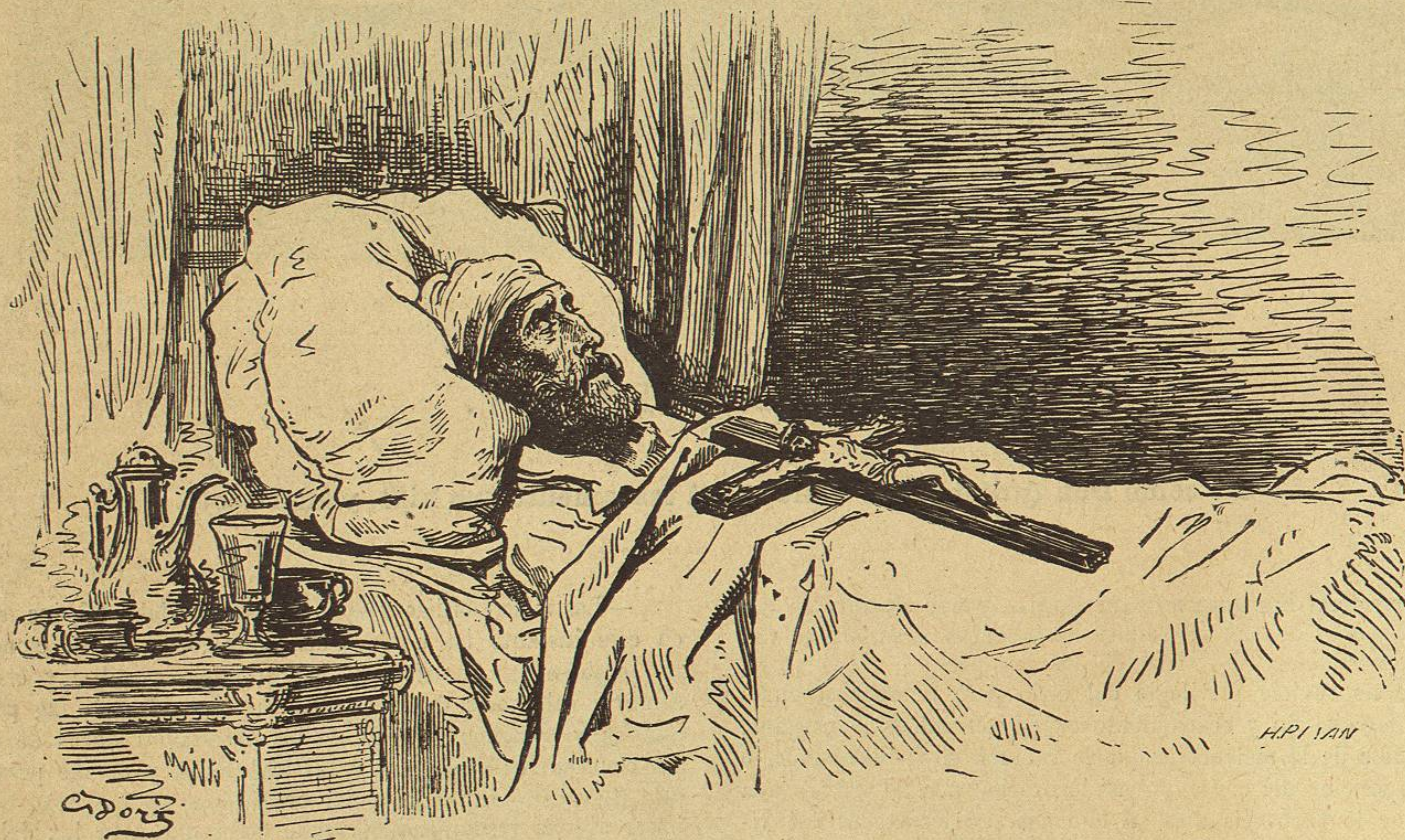
facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él y confesósele.

El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con el Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el cura diciendo:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón á los ojos peñados de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que les hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos lo conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo:



Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mi ciertas cuentas, y dades y tomades, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de una insula, pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece; y volviéndose á Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántase de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea, desencantada, que no hay más que ver.

Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mi la culpa, diciendo que por haber yo empujado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

—Así es, dijo Sansón, y el buen Sancho Panza está muy en la verlad destos casos.

—Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuestras mercedes mi arre-

pentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

Item mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijano, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido.

Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco que están presentes. Item es mi voluntad que si Antonia Quijano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad.

Item suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trajere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por allí con el título de "Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha," de mi parte le pidan, cuán encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo.

Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto.

En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron dió su espíritu: quiero decir, que se murió.

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables las historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijarsele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de Don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó



Muerte de Don Quijote.

de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco;
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma:

—Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre,
ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luen-
gos siglos, si presuntuosos y mandrines historiadores no te descuelgan
para profanarte. Pero antes que á ti lleguen les puedes advertir,
y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar,

y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del
escritor fingido y tordellesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á
escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas
de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni
asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á
conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podri-
dos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los
fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la hue-
sa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, im-
posibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer
burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las
dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya
noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con
esto cumplirás con tu cristiana profesión aconsejando bien á quien
mal te quiere, yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero
que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba, pues no
ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las
fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que
por las de mi verdadero "Don Quijote" van ya tropezando, y han
de caer del todo sin duda alguna.—VALE.



ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE LA PRIMERA PARTE.

Prólogo.	9	Capítulo XXII.—De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no qui- sieran ir.	90
Capítulo I.—Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha.	11	Capítulo XXIII.—De lo que le aconteció al famoso Don Qui- ote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventu- ras que en esta verdadera historia se cuentan.	95
Capítulo II.—Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.	14	Capítulo XXIV.—Donde se prosigue la aventura de Sierra Mo- rena.	104
Capítulo III.—Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.	17	Capítulo XXV.—Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo de la penitencia de Belzebros.	107
Capítulo IV.—De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.	21	Capítulo XXVI.—Donde se prosiguen las finezas que de ena- morado hizo Don Quijote en Sierra Morena.	114
Capítulo V.—Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.	25	Capítulo XXVII.—De cómo salieron con su intención el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.	117
Capítulo VI.—Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo	29	Capítulo XXVIII.—Que trata de la nueva y agradable aventu- ra que al Cura y al Barbero sucedió en la misma Sierra.	123
Capítulo VII.—De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.	32	Capítulo XXIX.—Que trata del grandioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la as- perísima penitencia en que se había puesto.	131
Capítulo VIII.—Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recor- dación.	36	Capítulo XXX.—Que trata de la discreción de la hermosa Do- rotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.	139
Capítulo IX.—Donde se concluye y da fin á la estupenda bata- lla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron	41	Capítulo XXXI.—De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.	142
Capítulo X.—De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero.	43	Capítulo XXXII.—Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.	145
Capítulo XI.—De lo que le sucedió á Don Quijote con unos ca- breros.	45	Capítulo XXXIII.—Donde se cuenta la novela del Curioso im- pertinente.	150
Capítulo XII.—De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.	49	Capítulo XXXIV.—Donde se prosigue la novela del Curioso impertinente.	155
Capítulo XIII.—Donde se da fin al cuento de la pastora Mar- cela, con otros sucesos.	52	Capítulo XXXV.—Que trata de la brava y descomunal bata- lla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.	161
Capítulo XIV.—Donde se ponen los versos desesperados del di- funto pastor, con otros no esperados sucesos.	55	Capítulo XXXVI.—Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.	164
Capítulo XV.—Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.	58	Capítulo XXXVII.—Donde se prosigue la historia de la fa- mosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.	168
Capítulo XVI.—De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.	64	Capítulo XXXVIII.—Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras.	172
Capítulo XVII.—Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Pan- za, pasaron en la venta, que por su mal Don Quijote pensó que era castillo.	68	Capítulo XXXIX.—Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.	174
Capítulo XVIII.—Donde se cuentan las razones que pasó San- cho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.	74	Capítulo XL.—Donde se prosigue la historia del Cautivo.	178
Capítulo XIX.—De las discretas razones que Sancho pasó con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.	78	Capítulo XLI.—Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.	183
Capítulo XX.—De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mun- do, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.	81	Capítulo XLII.—Que trata de lo que además sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.	193
Capítulo XXI.—Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nues- tro invencible caballero.	87	Capítulo XLIII.—Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acacimientos en la venta sucedidos.	196
		Capítulo XLIV.—Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.	201